

bas relevantes de valor cívico, de heroísmo y de abnegación, trabajaron con patriótica vehemencia, con laudable celo, con infatigable actividad en favor del nacional levantamiento.

Entre los que representaron un gran papel en la guerra de la independencia, la posteridad agradecida no debe jamás olvidar al padre Gil, fraile menor, individuo de la Junta, autor del célebre manifiesto en que se hizo un llamamiento á los corazones patriotas; autor también de la memoria que se puso en manos del emperador de Austria sobre los planes de Bonaparte, y el que en fin, con viril entusiasmo, hizo resonar la sala del alcazar de Sevilla con aquellas solemnes y al mismo tiempo proféticas palabras, después de haber entrado en Madrid el gigante de la época: «A pesar de todo no triunfará, porque todo lo vencerán los españoles, menos el rastro que han dejado veinte años de favoritismo.»

Napoleón señaló su entrada en España con la estinción de la inquisición diciendo que los sacerdotes debían dirigir las conciencias, mas no ejercer ninguna jurisdicción exterior y material sobre los ciudadanos.

Algun tiempo más tarde decía al corregidor de Madrid: «He conservado las órdenes religiosas, reduciendo el número de sus individuos. No había un hombre sensato que no pensara que eran demasiado numerosas; y con el sobrante de sus bienes, he atendido á las necesidades de los párrocos que forman la clase más interesante y provechosa del clero.»

Y este mismo hombre á quien se pintaba como un monstruo de iniquidad, y á quien á despecho de nuestro corazón español, debemos un tributo de admiración, este mismo hombre en Valladolid, es cierto que suprimía los Dominicanos, en uno de cuyos conventos se dijo haber sido asesinado un francés, pero también es cierto que inclinaba su cabeza, ceñida con la triple corona del genio, de la gloria y del triunfo, ante los modestos y laboriosos Benedictinos que se dedicaban á sus tareas y al cultivo de la literatura.

Terminó por fin la lucha tan ardientemente sostenida contra las francesas bayonetas; el pueblo que no había querido ver en el emperador á Napoleón sino á un extranjero, empezó á descansar y á soñar con el porvenir feliz que se le presentaba á través del dorado prisma de la Constitución de 1812.

Las cortes de Cádiz, queriendo educar al pueblo para la libertad, dieron el primer golpe á las comunidades religiosas.

Empero, volvió Fernando, y el *ingrato* monarca, como le llama ya la historia, puso por primera vez en Valencia el sello á una reacción que el espíritu de la época rechazaba, contra la cual protestaba el siglo XIX que se había he-

cho gigante sobre la tumba en que había amortajado los recuerdos del siglo XV.

Las comunidades religiosas no comprendieron ciertamente, decírselo debemos, la misión evangélica á que estaban destinadas. Podían entronizarse quizá para siempre en España, prefirieron bajar al sepulcro que debían abrirles trece años de agonía.

Como no comprendieron en 1823 que llegaría un 1835? Estaba en su mano el dar vida moral al pueblo; prefirieron que vejetara en el oscurantismo, oscurantismo que, en su ceguera, llegaron á creer eterno.

Oh! no hubieran obrado así los *Jesuitas*, esa falange de inteligencias que ha tenido un tan brillante pasado y que espera — Dios sabe si con razón — un mas brillante porvenir.

No faltan escritores que hablan estensamente de los sucesos de 1823 y de la parte que en ellos tomaron ciertas órdenes religiosas. Nosotros correremos un velo.

En cuanto á las causas que trece años más tarde produjeron su supresión, sabidas son ya y demasiado las hemos explicado en otro capítulo de esta obra.

Los conventos terminaron, los frailes desaparecieron. Será para siempre?...

La contestación es un problema que ha de resolver el porvenir.

Sin embargo, nos atreveremos á decir que el siglo les rechaza.

Nuestra época es una época de transición, y en el horizonte que se nos presenta á los que creemos en el porvenir, es preciso confesar que no se dibujan iluminadas por los resplandores de su pasado sol de gloria las órdenes monásticas. Esto no obstante, en todo país libre, en todo país donde haya verdadera libertad de pensamiento, verdadera independencia de corazón, verdadera fe cristiana, en fin, serán siempre bien recibidos los monasterios, mientras los monasterios los habiten aquellos antiguos y poéticos cenobitas que solo trataban de subir al cielo por la escala de la oración y de la penitencia.

Es verdad, es cierto que muchas de las causas que promovieron la creación de las órdenes monásticas, han ya cesado, pero no es menos verdad ni es menos cierto que jamás debieran desaparecer aquellas instituciones eminentemente filantrópicas, aquellas mansiones hospitalarias, asilos de paz y de calma donde se refugia el alma herida y gastada, puertos abrigados donde halla reposo eterno el naufrago que han combatido las tempestuosas pasiones de la existencia.

El viajero decaído y extraviado no encuentra ahora en medio del desierto y de la soledad una morada de cenobitas á cuya puerta detenerse para demandar



un poco de pan que llevar á sus labios, y en cuyo templo penetrar para con la oracion robustecer las fuerzas del alma.....

No se fundan albergues para la infancia huérfana, para la vejez desvalida, para las enfermedades incurables? Porqué pues dejar que se arruinen y perezcan olvidados entre escombros los asilos bienhechores donde se curaban las heridas del alma, esas heridas que solo cicatrizar puede el bálsamo de la oracion y del recojimiento?....

En las ciudades ya es otra cosa. Los periodistas — y nadie se ria de esta idea que aventuro — los periodistas han sustituido á los frailes.

Si estos formaban un dia la opinion pública, hoy es la prensa la que debe guiar, conducir, llevar al pueblo á un porvenir. La prensa es un sacerdocio. Ella es la que, al igual de los primitivos monges, arrostra hoy cara á cara la cólera de los tiranos, y le dice enérgicamente al oscurantismo: No reinarás! al despotismo: sucumbirás! al progreso humano: sigue! al hombre que se siente con fuerzas para decir la verdad: habla! y al pueblo que se agita ansioso de conocerla: escucha!

La relajacion se introdujo un dia en los conventos y estos perecieron. Oh! que no se introduzca la relajacion en la prensa y esta no sucumbirá.

Por lo demás, nuestra obra y sobre todo nuestro pequeño resúmen histórico nos ha conducido á una consecuencia lógica, consecuencia que hemos podido deducir de la apreciacion que hemos hecho de cada una de las épocas en que se nos han presentado divididas las instituciones monásticas.

Cinco son las épocas que marcadas tiene la historia de los conventos.

Los espíritus inquietos y religiosos buscan la calma, pueblan el desierto; los corazones destrozados por el infortunio ó la persecucion se refugian en el éxtasis; los seres castos y puros á quienes disgusta el siglo y sus vanas pompas se arrojan á la soledad para edificarse y fortificarse con las austeridades de la vida ascética. Es la primera época, la época de los Antonios, de los Pacomios, de los Macarios. Los conventos nacen..... He ahí su esplendor!

Los bárbaros caen como un diluvio y se esparcen por la tierra. Dos civilizaciones se combaten á muerte y el mundo entero es un campo de batalla. Las letras se refugian en los conventos. Los monges recojen, preservan y resucitan los monumentos del saber antiguos; no solo son historiadores por espacio de muchos siglos, sino que tambien son los solos institutores de la juventud, las solas antorchas vivas del espíritu humano entre las tinieblas de una época en que los nobles no saben leer y en que un rey pone una cruz al pié de

sus edictos por no saber escribir su nombre. Entonces los conventos se elevan..... He ahí su ilustracion!

La política de les reyes toma una parte activa en la influencia y desarrollo de los asilos de paz y de calma. Los monges empiezan á ser ricos, la ambicion nace entre ellos, sus filas se aumentan, quieren cubrir con deslumbrantes vestiduras sus harapos de mendigos. Los conventos se multiplican..... He ahí su abuso!

Los intereses temporales les arrastran con desprecio de los espirituales; abundan los hombres que hallan muy dulce vivir mecidos por rica holganza en asilos respetados donde no tienen que temer las necesidades físicas; el ocio ha sustituido á la fé, la relajacion al fervor, la buena vida á la penitencia. Los conventos se degradan.... He ahí su reforma!

La reforma es inútil; la generalidad no se aparta de la senda estraviada que pisa con firme planta y serena la frente, la disciplina ha sido olvidada, el hábito oculta los mundanos corazones, los solitarios se han convertido en sibaritas. Los conventos son palacios..... He ahí su muerte!





La narracion de los sucesos que acabamos de enumerar ha sido ya hecha de cien maneras distintas, y aun se volverá á contar de otras ciento; aseguramos no obstante que nadie lo podrá hacer con mas imparcialidad que nosotros.

Pero despues de tantas narraciones, inclusa la nuestra, quedará aun mucho que hacer, pues la historia nunca puede completarse enteramente. Cien mil testigos oculares presentan las cosas de una manera diferente cada uno. Cien mil detalles diversos la marcan bajo distinto punto de vista.

ALEJANDRO DUMAS — Anjel Piton.



A obra está terminada, pero el autor se atreve aun á pedir algunos momentos mas de atencion al que complaciente y bondadoso se ha dignado seguirle hasta la última página.

Son pocas líneas lo que añadiremos, pero estas pocas líneas se las debemos á nuestra conciencia, se las debemos á nuestra imparcialidad.

Creemos haber leal y religiosamente cumplido con lo que dijimos en nuestro prospecto y en nuestro prólogo. Hemos querido ser lo mas exacto posibles, y por lo mismo, cuando no hemos tenido historias que hojear ni crónicas que registrar, hemos consultado con personas autorizadas para poder hablar con toda detencion y con toda la posible fidelidad de los hechos contemporáneos en que no se habia aun ensayado la pluma del historiador.

No hemos dicho sin embargo todo lo que podíamos y quizá tampoco lo que hasta cierto punto debíamos. Por una parte nos lo ha impedido la dignidad de la prensa, por otra el respeto debido á la religion, por otra en fin, el deseo de



correr un velo sobre hechos á veces incalificables , á veces casi indignos de crédito.

Hemos querido contar , como si dijéramos , la vida exterior de los conventos. Emprenda otra pluma la interior , que gustosos le cedemos la tarea.

Como peregrinos nos hemos detenido ante cada uno de los monasterios principales y hemos visitado su templo y hemos adorado sus reliquias y hemos llorado sobre sus ruinas.

Como filósofos hemos meditado la sublimidad de nuestra religion , hemos observado sus diferentes facies de la vida monástica , hemos averiguado su origen , hemos finalmente estudiado cada una de sus épocas.

Como poetas hemos narrado las tradiciones de cada uno de los conventos ante los cuales nos hemos detenido , hemos evocado sus recuerdos , cantado sus glorias y resucitado sus varones ilustres , sus mártires , sus penitentes.

Respecto á lo demás , necesitamos toda la indulgencia de nuestros lectores para que esta obra pueda merecer sus simpatías.

Somos los primeros en conocer que adolece de defectos ; lo sabemos , lo decimos , nos adelantamos á los críticos. Algunas descripciones podian ser mas nutridas , algunos episodios mas desenvueltos , algunos caracteres mas detallados , algunos capítulos sobre todo mas estudiados.

Si de alguna atenuacion pudiera servirnos , diríamos que esta obra , — en lugar de ser como debia fruto de largas vigiliias y de largos estudios , — ha sido escrita en dias , en horas , en el solo y preciso tiempo que ha necesitado la prensa para verterla : las cuartillas de original nos han sido arrancadas una á una y devoradas instantáneamente por la imprenta , hambrienta boca de Gargantua , que en su afan incansable no nos ha dado espacio para poder escojer los mejores manjares para su paladar , ni para poder elegir los pensamientos mas sabrosos y delicados que servir al público.

Ay ! para nosotros los pobres jornaleros de la inteligencia , la imprenta es el cingulo de hierro que nos oprime como antiguamente el collar á los esclavos , es la serpiente que se nos enrosca al cuerpo , nuevos Laocoontes , y nos ahoga inclemente con su fatal abrazo.

Perdon , pues , perdon para nuestra obra. Recuérdese en obsequio del autor lo que en el suyo decia un poeta de la antigüedad :

« Es preciso haber sido remero antes de manejar el timon , y haber guardado la proa y observado los vientos antes de guiar por sí mismo el buque. »

Acaso algun dia la mano inesperta , jóven , casi infantil que hoy empuña solo el remo , pueda empuñar victoriosa el timon y dirigir la nave. Feliz en—

tonces , mil veces feliz el autor si oye estallar en torno suyo los aplausos y si las mas alegres exclamaciones escoltan su buque para que pueda el escritor partir afortunado en el éxito y radiante la frente de alegría !

No ha faltado quien ha dicho y sobre todo quien ha escrito que nuestra obra era una coleccion de novelas.

Novelas ! Si quisiéramos contestarle , le diríamos que solo hemos dramatizado las tradiciones , que solo hemos tratado de hacer interesantes los hechos que de sí no lo eran ni podian serlo esplicados con la severidad de la historia. Pero , por única respuesta , nos contentaremos con narrarle un caso el cual nos servirá tambien para concluir estas líneas y para recomendarnos á la indulgencia de nuestros lectores.

Un dia , Demóstenes , el gran orador griego , no pudiendo fijar la atencion de los atenienses sobre un grave asunto , se puso á contarles una fábula.

« Un jóven habia alquilado un asno para ir á Megara. A mitad del camino , siendo excesivo el calor , quiso ponerse un instante á cubierto bajo el vientre de su cabalgadura. El conductor pretendió que no le habia alquilado la sombra del asno , el jóven replicó y la disputa fué haciéndose reñida , etc. »

Los atenienses fueron atendiendo poco á poco y antes de terminar la fábula , todos escuchaban con el mayor silencio. Entonces Demóstenes les hizo comprender toda la puerilidad de su conducta y prosiguió su discurso.

Ahora bien , como los atenienses con Demóstenes , nos hubieran atendido los lectores si , en tan larga obra , no hubiésemos procurado dramatizar ciertos hechos ?...

VICTOR BALAGUER.

FIN.